



¿QUÉ SERÁ DE NOSOTROS?

DIARIO

HÉLÈNE BERR

PREFACIO DE PATRICK MODIANO
TRADUCCIÓN DE JAIME ZULAIKA
ANAGRAMA, BARCELONA, 2009
312 PÁGINAS, 18 EUROS

MERCEDES MONMANY

Murieron ignorando el resultado final de aquella catástrofe que los había escogido como víctimas prioritarias y ante la que hacía tiempo que sólo se hacían una escalofriante pregunta: «Pero ¿qué será de nosotros si ganan los alemanes?». La respuesta temible, el grito de espanto serán las últimas tres palabras que deja escritas en su maravilloso *Diario* ahora rescatado Hélène Berr, una joven judía francesa que vivió como muchos de los suyos el período de la Ocupación, antesala o pesadilla previa antes de ser deportados y asesinados en Auschwitz y otros campos de exterminio. Estudiante de literatura inglesa, Hélène, que poseía una gran cultura y una rara y fina sensibilidad literaria, había leído a Conrad y retomaría las palabras, también finales, de Kurtz en *El corazón de las tinieblas*: «¡Horror, horror, horror!».

Parecería que pocos documentos

BERR REDACTÓ ESTE DIARIO ÍNTIMO PARA NARRARLE A SU NOVIO, ENROLADO EN LAS FILAS DE DE GAULLE, «LA MONSTRUOSA IMPOSIBILIDAD DE COMPRENDER» LA BARBARIE NAZI

más, de altísima calidad literaria y relacionados con el Holocausto, quedaban aún por descubrir. Pero el tiempo lo desmiente: hace unos pocos años apareció el estremecedor libro de otro adolescente, cercado y acorralado por los nazis y sus aberrantes leyes raciales en la ciudad de Praga: el *Diario* de Petr Ginz (Acantilado); al que hay que añadir la novela póstuma, que había permanecido escondida en una maleta, *Suite francesa* (Salamándra), sobre los días de la Ocupación, de la grandísima escritora judía Irène Némirovsky, asesinada en Auschwitz.

MUERTE Y CUMPLEAÑOS. No hay que olvidar otro imprescindible y magnífico testimonio de aquel día a día de aniquilamiento: el diario de un joven poeta checo, Jiri Orten (*Solo al atardecer*, Pre-Textos), iniciado a los 18 años y finalizado en 1941, el día de su muerte, que coincidió con el de su 22 cumpleaños. Atropellado por una ambulancia nazi, a Jiri se le negó la

admisión en cualquier hospital por ser judío.

Desde abril de 1942, a sus 21 años, hasta febrero de 1944, Hélène Berr redactaría un diario íntimo que con el tiempo tendría sobre todo como objeto narrarle sus experiencias, y «la monstruosa imposibilidad de comprenderlo», a su novio ausente, Jean Morawiecki, que se había enrolado en las filas del general De Gaulle. Hija de una familia acomodada, completamente asimilada desde generaciones, el padre de Hélène, director de una importante empresa química, había sido condecorado durante la Primera Guerra Mundial, algo que, como se vio, no le sirvió de nada a la hora de ser entregado a los nazis.

EN BERGEN-BELSEN. Pronto la vida de Hélène quedará irremediablemente partida en dos: una parte «extrañamente hermosa» y otra «extrañamente sórdida». Por un lado, «el frescor, la belleza, la juventud de la vida»; por otra, «la barbarie y el mal». De una enorme entereza, dignidad y heroísmo, negándose a aceptar la progresiva e implacable destrucción de lo que era su mundo y su vida de ayer, Hélène se niega a huir a la zona libre («dicen que hay que partir y abandonar la lucha; no, yo haré algo»).

Cuidando hasta el final de los numerosos huérfanos judíos y de familias atrocemente divididas, pendientes tan sólo de la deportación, previo paso por Drancy, el infame campo de tránsito en las cercanías de París, antes de ser embarcados en vagones de ganado hacia una muerte que todos tenían clara sin necesidad de mencionarla, Hélène sería deportada junto a sus padres al campo de Bergen-Belsen en la primavera de 1944. Se da el caso de que era el mismo donde había sido recluida Ana Frank; y para seguir con los tópicos paralelismos, el azar haría que ambas murieran de tifus en 1945, con pocos días de diferencia y poco antes de la liberación de su campo por las fuerzas aliadas.

Vital, lúcida, alegre, rodeada de amigos y compañeros de universidad que desde el primer día de llevar cosida a su chaqueta la humillante estrella amarilla no dejarían de darle muestras de afecto, lo mismo que mucha gente anónima por la calle, Hélène, como los *flâneurs* de Baudelaire o Benjamin, adora sus salidas de fin de semana al campo y sobre todo pasear por las calles de París. Su «territorio encantado» es el Barrio Latino, sus queridos bulevares de Saint-Michel o Saint-Germain, su metro de Odéon. Lugares «inundados por el sol, llenos de gente», donde «recobro mi alegría familiar, maravillosa». Como le dijo a su novio en su ya inmortal *Diario*: «Volveré, Jean, ¿sabes?, volveré». Y lo cumplió. ■



TESTIMONIO DE PRIMERA MANO SOBRE EL HOLOCAUSTO A TRAVÉS DE LOS OJOS DE UNA JOVEN JUDÍA QUE VIVE EN EL PARÍS DE LA OCUPACIÓN